

Hacia la nueva Universidad

Nunca como hoy la Universidad Nacional Autónoma de México ha vuelto a convertirse en uno de los principales engranes de la vida nacional. Desde mediados de septiembre, en 1986, cuando fueron dadas a conocer las propuestas para la Reforma Universitaria, la comunidad entera de nuestra casa de estudios (estudiantes, académicos e investigadores, trabajadores y personal administrativo) comenzó a participar en la generación de un clima inusualmente vivaz, creativo y renovador. La reflexión y discusión del futuro de la Universidad se convirtió así en un amplio movimiento que cobró su mayor intensidad durante los primeros meses de este año, al celebrarse las pláticas bilaterales entre la Comisión de Rectoría y el Consejo Estudiantil Universitario, que conducirían posteriormente a la propuesta de un Congreso donde habrán de expresarse todas las voces de la Universidad.

Este es un saldo alentador en cuanto significa la participación activa de todos los sectores de la población universitaria y la prevalencia de un interés colectivo que busca la solución de los problemas por vía del diálogo y la inteligencia. En este orden, Universidad de México ha convocado a un numeroso y plural grupo de universitarios destacados para que apunten, desarrollen y discutan sus versiones personales de los cauces en que se conducirá el proceso de reformas en la Universidad y los objetivos que habrá de perseguir. Hacia la nueva Universidad quiere ser una instancia donde puedan encontrarse las más variadas y distantes opiniones; una contribución que sirva para clarificar las prioridades universitarias que deben atenderse en este ciclo de renovación; un compendio representativo de las formas de pensar de los universitarios, sobre todo en lo que respecta a los temas axiales de estos días: la academia, la cultura y la democracia. ◇

Universidad de México

Entrevista

SALVADOR ZUBIRÁN:

Por la excelencia académica

¿Cómo era la Universidad en 1946 cuando fue rector y cómo ve a la Universidad de ahora?

La Universidad que yo recibí en el año de 1946 resentía todavía las agitaciones estudiantiles, las inquietudes derivadas de épocas anteriores a la ley universitaria que hoy rige, en donde la elección del rector era motivo de formación de grupos, de conflictos tremendos, de ambiciones de todo tipo, que se acabaron cuando se estableció la nueva ley. Pero, en mis tiempos, todavía el estudiantado estaba influido por este tipo de agitaciones.

Yo la recibí con 21,000 estudiantes que no habían dentro de los recintos universitarios en donde los alumnos muchas veces para atender las explicaciones de los maestros metían la cabeza por las ventanas para escuchar porque no cabían en las aulas. Teníamos una Universidad que carecía de los recursos más elementales para la impartición de la enseñanza, en donde las bibliotecas estaban absolutamente desprovistas de las aportaciones científicas de la época. Vivíamos la angustia derivada, seguramente, de la etapa revolucionaria que vivió el país y que impidió que la Universidad

alcanzara el desarrollo que podría haber conseguido en tiempos normales.

La Universidad se estancó a partir de 1910. Hubo poco progreso, entre otras cosas, por las agitaciones estudiantiles, por las distintas formas de gobierno que se habían experimentado y por la absoluta carencia de recursos. Yo recibí la Universidad con 11 millones de presupuesto.

Los salarios que se daban a los profesores eran muy bajos y solamente se cumplía con la labor docente por el cariño y la devoción de sus maestros. No había dinero para comprar libros ni para comprar equipo para los

laboratorios, había una gran pobreza; sin embargo, existía un fuerte impulso universitario que mantenía a la Universidad con un gran esfuerzo y una gran devoción a la institución a pesar de la carencia de recursos. En esas condiciones mi primera acción fue buscar la construcción de una ciudad universitaria. Buscamos un recinto adecuado a las inquietudes de la enseñanza y a la nobleza de la institución y tratamos de allegarnos los recursos necesarios para que cumpliera adecuadamente con sus funciones. Mi otro propósito fue instaurar un orden y una disciplina indispensables para el ejercicio académico. En la Universidad había agitaciones constantes, yo recibí a la Universidad fuera del recinto de la rectoría porque había un grupo de estudiantes apoderado de las oficinas. La recibí fuera. Mediante una acción verdaderamente enérgica logramos expulsar a los que estaban en posesión de la rectoría y entré a mis oficinas en San Ildefonso. Entonces era frecuente que un día determinado los estudiantes decidieran no tomar clases, para lo cual colocaban una banca frente a la puerta para que no entrara nadie. En una ocasión, llegué solo a la escuela de Derecho y empujé la banca, me metí, invité a pasar a los estudiantes y ya adentro les eché un discurso encendido y sí hubo clases. Por otra parte, la Universidad estaba llena de fósiles, muchachos que se habían inscrito quién sabe cuántas veces, que se habían examinado otras tantas, y que seguían vegetando en las facultades. Con la aplicación de la ley universitaria logré que aquellos 21,000 alumnos se redujeran a 19,000 en un año. Es decir, expulsé a la basura, a los fósiles que no estudiaban, que estorbaban a los que verdaderamente querían estudiar. Esto modificó totalmente el ambiente de la Universidad y permitió que se cumplieran los programas académicos y de investigación. Por otra parte, luché intensamente para conseguir recursos, hice una campaña que le llamamos la campaña de los 10 millones y con eso logré dotar de libros a las bibliotecas y de materiales a los laboratorios que los requerían. Esa era la Universidad de entonces: maestros distinguidos, valiosos, entregados a su labor, con una gran devoción profesional, que se manifestaba en el cumplimiento de las tareas que tenían encomendadas.

También establecí la selección de alumnos. Por primera vez se aplicaron los exámenes de admisión para que los que ingresaran tuvieran las características de lo que debe ser un estudiante universitario. Esto fue fundamental. ¿Qué ha pasado a través de los años? La Universidad ha crecido, ha podido cumplir con los propósitos de la edificación de la Ciudad Universitaria porque yo solamente entregué los terrenos y los diseños y proyectos de la Universidad como es ahora. La Universidad ha crecido en todos los aspectos. En la



investigación científica, sobre todo, ha logrado niveles de excelencia que no tenía, debido, entre otras cosas, a que había un muy reducido número de investigadores. Una de las grandes diferencias entre aquella Universidad y ésta es el desarrollo científico a través de los años y que recibió durante el rectorado de Guillermo Soberón un impulso realmente extraordinario. La otra gran diferencia es que aquella Universidad que tenía recintos insuficientes para alojar a 21,000 estudiantes y que ahora cuenta con 300,000, la convierten en otra cosa distinta. En mis épocas de estudiante y de rector había 120 alumnos en primero de medicina, todos los estudiantes se conocían, la relación estudiante-profesor era muy cercana y la posibilidad de tutorío era fácil, cosa que actualmente se vuelve casi imposible. Es imposible que una sola institución logre elevar a una población tan grande a niveles de excelencia académica. En 1946 con buenos profesores y un número aceptable de alumnos era mucho más factible lograr

niveles de excelencia académica. La capacidad de dotación de recursos que tiene hoy la Universidad es enorme y tiene todas las posibilidades para hacer una labor de enseñanza mayor, pero la dispersión, el crecimiento excesivo, la impreparación de muchos profesores, convierten a la Universidad en un centro donde es muy difícil que se pueda elevar el nivel académico de sus estudiantes.

¿Usted cree que pueda convivir la Universidad de masas con la excelencia académica?

Yo he sostenido que la Universidad de masas es un absurdo. La Universidad es una institución elitista por excelencia y no puede dejar de serlo porque es la institución que pretende la formación de los cuadros de hombres que han de dirigir los destinos del país, que han de ser los formadores de otros hombres, que han de ser los que produzcan la ciencia o la sabiduría. Estamos ante el único elitismo aceptable, el de la inteligencia, lejos de consideraciones económicas o de concepciones ideológicas.

¿Cómo debe ser la nueva Universidad?

Tenemos que ser realistas. Tener bien puestos los pies sobre el suelo. No podemos pensar en el ideal que quisiera uno sino lo que puede ser posible dentro de la realidad. Contamos con una población estudiantil enorme y tenemos que hacer lo posible porque reciba ya no una formación de excelencia, lo cual es materialmente imposible, sino que el estudiante salga como un profesionista con conocimientos suficientes para ejercer adecuadamente su profesión. ¿Qué se necesita? Primero, lo que pretende hacer el Dr. Jorge Carpizo. La limitación de que el que sea estudiante universitario lo sea de verdad y que tenga capacidad suficiente para adquirir conocimientos universitarios. Se trata de formar cuadros de hombres valiosos. Se debe admitir sólo a los estudiantes que tengan capacidad, afán, amor a la ciencia o al trabajo académico. Segundo, el adecuado juicio para que los conocimientos que se imparten se impartan bien, por profesores calificados y cumplidos. Con estas medidas se podrá avanzar en el mejoramiento del nivel académico de la Universidad. ◇